



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE
MÉXICO

**PERFILES
EDUCATIVOS**

ISSN 0185-2698

Díaz Barriga Arceo, Frida (1999)

**“RESEÑA: ¿HACIA UNA NUEVA CULTURA DE LA EVALUACIÓN DE
LOS ACADÉMICOS?”**

en Perfiles Educativos, Vol. 21 No. 83-84 pp. 150-151.

¿Hacia una nueva cultura de la evaluación de los académicos?

DE MARIO RUEDA Y MONIQUE LANDESMANN (COORDS.)

México, CESU-UNAM, Col. Pensamiento Universitario, núm. 88, 1999

por FRIDA DÍAZ BARRIGA ARCEO

Los académicos y los universitarios en general hemos recibido con beneplácito y a la vez con preocupación la publicación de esta compilación de trabajos centrada en el problema de la evaluación de la docencia.

Con beneplácito porque más allá de las consideraciones eminentemente técnicas y procedimentales en que suelen centrarse los textos sobre el tema de la evaluación, encontramos aquí una diversidad de trabajos que ahondan en los problemas teóricos, políticos, prácticos, institucionales, pedagógicos, administrativos e incluso ideológicos de los sistemas y modelos de evaluación, tanto de la producción académica como de los resultados del trabajo docente en las aulas mexicanas. Más aún porque no se presenta un solo enfoque o postura acerca de la evaluación en las dimensiones antes mencionadas, sino que desde diferentes disciplinas, intereses y objetos de estudio, se intenta aportar al

debate y a la crítica en este campo.

Encuentro como interés común, sobre todo en la primera parte del libro, el escudriñar las políticas y prácticas evaluativas que se fueron instaurando en la década pasada y que han cobrado una presencia tan importante que, a decir de varios de los autores, impusieron una nueva orientación a las actividades académicas y una forma de control de las prácticas laborales. Y aquí estriba la preocupación que me genera la lectura de esta obra: reconocer que la nueva cultura de la evaluación de los académicos no cumple la finalidad más noble que se puede adjudicar a un proceso evaluativo: la de la comprensión y mejoramiento de la enseñanza y en general de la labor social y científica de los actores de la educación. Me parece que el sentimiento común de los autores es que en estas prácticas evaluativas se ha privilegiado el control administrativo y el manejo dis-

crecional de los ingresos de los profesores de nivel básico y medio, así como de los académicos de las universidades.

De lo antes dicho se desprende una preocupación más: atestiguar lo poco que hemos reflexionado o participado los académicos mismos como sujetos de dichas evaluaciones, que en la mayor parte de los casos referidos se conducen de manera unidireccional e incluso autoritaria, retomando sistemas e instrumentos poco fundamentados o que incluso han recibido serios cuestionamientos cuando se implantaron en otros países muchas décadas atrás, como es el caso de los sistemas de incentivos y de pago por mérito, o de las llamadas pruebas objetivas.

Me parece un gran acierto de la obra en su conjunto que el problema de la evaluación se revise en lo conceptual, es decir, en lo que atañe a la construcción teórica y metodológica del campo, así como que en la segunda parte se ahon-

de en diversas propuestas y experiencias que hacen aportaciones prácticas y técnicas contextualizadas en nuestras instituciones educativas. Pero creo que el esfuerzo de todos los colegas va más allá en la medida en que parten de reconocer y analizar cuáles son las políticas evaluativas instauradas por los organismos nacionales e internacionales, cuáles son las visiones disciplinarias y culturales que se están privilegiando a la hora de definir la labor académica o de cualificar las prácticas de enseñanza.

Esto permite a los autores, en los diversos planos y dimensiones en que cada uno se ubica, avanzar una diversidad de propuestas, que a pesar de no conformar un todo articulado, nos permiten vislumbrar otra cultura de la evaluación, no la vigente, sino aquella caracterizada por cuestiones como las siguientes (y aquí retomo directamente a los diversos autores): una cultura de deliberación argumentativa y democrática; una evaluación autogestionada y ligada a la práctica; una evaluación participativa y con bases científicas y legales; una evaluación orientada al perfeccionamiento docente y no al control; una evaluación cuya principal función sea retroalimentar y mejorar el funcionamiento del sistema escolar; una evaluación dinámica y multidimen-

sional de los procesos de enseñanza-aprendizaje; una evaluación más cualitativa.

Aunque en los trabajos no se habla explícitamente de las implicaciones éticas de la evaluación de la docencia o de los valores inherentes a los modelos y prácticas evaluativas vigentes, también es inquietante recoger algunas de las reflexiones de los autores, que a mi juicio ameritarían profundizarse en otro espacio. Se habla de la sobredeterminación de lo político y lo administrativo sobre lo esencialmente académico, de que la evaluación es un instrumento de control en manos de unos cuantos, de la unidireccionalidad de las prácticas actuales, de la clasificación “mejor-peor” que se hace de los sujetos como resultado de las evaluaciones educativas, del individualismo y la competencia desleal que fomentan los sistemas de pago por mérito, de las intenciones y eventuales sesgos de los evaluadores, de los usos y fines inadecuados que puede tener la evaluación, etcétera. Creo que más allá de decidir si un sistema o instrumento de evaluación es confiable o válido, habría que interpelarlo desde criterios que nos hablen de credibilidad, transparencia, equidad, justicia o confidencialidad. Por otra parte, también valdría la pena, pensando en la segunda parte del

libro, profundizar el análisis del ideal de enseñanza o del modelo de docente eficaz que se pretende evaluar en los cuestionarios e instrumentos de opinión habituales, tanto desde la perspectiva de los paradigmas psicológicos o pedagógicos que les subyacen, como desde la visión sociológica de la profesión docente.

No me resta más que felicitar a los coordinadores, así como a todos los autores que participaron con sus ensayos e investigaciones. Me parece que en este libro, así como en casi todos los quehaceres que emprende Mario Rueda, está presente lo que él llama “acompañamiento” y que no es otra cosa que reivindicar la necesidad de un trabajo colegiado, de crecimiento y apoyo mutuo entre los académicos, de construcción conjunta de espacios de trabajo y reflexión, de discusión crítica, intercambio y tolerancia ante la diversidad de posicionamientos.

Creo que, a la luz de las penosas circunstancias que vive actualmente nuestra Universidad Nacional, el resultado de este trabajo es valioso en dos sentidos, tanto por la forma en que fue coordinado y gestado, como por el tratamiento de la temática en cuestión que, no dejemos pasar desapercibido, toca varios puntos álgidos y prioritarios para abordar en la agenda de ese esperado congreso universitario.